

IDENTIDAD, VALORES Y PROYECTO DE VIDA.

Dra. Laura Domínguez García, Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.

RESUMEN

Identidad, valores y proyecto de vida constituyen importantes indicadores del desarrollo de la personalidad sana y madura. En el trabajo se caracteriza estas formaciones psicológicas y las relaciones existentes entre ellas. Además, se exponen algunas ideas y reflexiones en torno a las vías, a partir de las cuales, el proceso de enseñanza y educación, en nuestras universidades, puede influir favorablemente en su desarrollo.

ABSTRACT

Identity, values, and life's projects are important aspects for the development of a healthy and mature personality. In the present article, there is a characterization of these psychological formations as well as its relations among them. Furthermore, this is an exposition of some ideas and reflections by which the teaching-learning process can influence favorably in the development of it, in our universities.

El problema de la educación de los valores se convierte en la actualidad en uno de los retos más complejos y a la vez importantes del proceso de desarrollo de la personalidad. El proceso de formación de valores cobra especial relevancia en la juventud, por constituir esta etapa un período particularmente sensible al respecto, dadas las necesidades de independencia y autodeterminación propias del joven que caracteriza la situación social del desarrollo que le es típica.

Desde el punto de vista psicológico, los valores forman parte de la subjetividad humana y aparecen como formaciones complejas de la personalidad en la edad juvenil con el surgimiento de la concepción del mundo. (Domínguez, 1990)

La concepción del mundo es un sistema de opiniones, juicios y valores que posee el joven acerca de la realidad, de sus orígenes y de las leyes que rigen su devenir. También refleja la interpretación que hace el sujeto del papel que le corresponde desempeñar al hombre en la sociedad, dentro del contexto socio-histórico específico en el que se desenvuelve su vida y la valoración del lugar que ocupa el propio sujeto en este sistema de relaciones sociales. La apariencia de los valores como formación motivacional de la personalidad y de la concepción del mundo que los integra y sistematiza, no es un resultado automático del desarrollo ni se produce de manera espontánea sino que es ante todo un resultado mediato de las condiciones de vida y educación del hombre, esto es, de su historia personal que él construye activamente como sujeto socio-histórico.

En el proceso de desarrollo de la personalidad se ejercen sobre el individuo múltiples influencias educativas que van desde aquellas que recibe en su medio familiar y en su grupo de coetáneos, hasta las que corresponden a la escuela y posteriormente al medio laboral; además de aquellas provenientes de

los medios masivos de comunicación y otros factores macrosociales. Estas influencias formales e informales son en buena medida responsables del nivel de regulación y autorregulación que alcanza la personalidad, aún cuando este proceso acontece de manera individualizada y particular en cada sujeto. (Domínguez y Fernández, 1999).

Otro componente de la personalidad de incuestionable importancia en su proceso de desarrollo es la identidad personal. En cuanto a su génesis, como todo contenido psicológico sigue el camino de lo externo-social a lo interno-psicológico. Con el surgimiento de la autoconciencia a inicios de la edad preescolar comienza el proceso de construcción de la representación de sí mismo, la conformación activa de la identidad personal. Esta formación psicológica expresa la capacidad de autoconocimiento y de autovaloración del sujeto y en especial, en la juventud, la posibilidad del joven de proponerse tareas para su autoeducación.

En esta etapa la identidad personal, también denominada autovaloración, debe alcanzar un importante grado de estructuración y estabilidad, ya que el principal propósito que debe acometer el sujeto es el de determinar su futuro lugar en la sociedad. Así, la elección de la futura profesión o actividad laboral y su desempeño, se apoyan en la valoración que hace el sujeto de sus capacidades, cualidades e intereses y forman parte esencial en la elaboración de un proyecto de vida que permita encaminar su conducta presente en pos de objetivos situados temporalmente a largo plazo.

En este proceso de construcción del proyecto de vida intervienen, desde el punto de vista de su contenido y también dinámico, los valores del joven, su concepción del mundo y su identidad personal.

Es necesario apuntar que la concepción del mundo no es solamente la forma más o menos

exacta en que el individuo se representa al mundo a través de conceptos y juicios, sino además, la manera en que se orienta hacia la realidad, su actitud u orientación valorativa hacia lo que le rodea.

Esta forma de concebir el mundo y de asumir frente a la realidad una determinada posición personal, depende en buena medida de la valoración de sí mismo. La identidad personal es reflejo de los valores del sujeto, porque el sentido de autoestima o grado de satisfacción que siente el mismo respecto a la persona que es, depende del contenido de dichos valores y de su potencial regulador en la conducta.

Por otra parte, el proyecto de vida como sistema de objetivos mediatos vinculados a las principales esferas de realización del joven, entre las que pueden encontrarse la familia, la profesión, su autorrealización, etc. tiene como importante sostén el conjunto de valores que se estructuran como contenidos de su concepción del mundo y que también forman parte de su identidad personal.

Resulta imposible que el sujeto elabore un proyecto de vida sólido y realizable, que comprometa todas las potencialidades reguladoras de la personalidad, si no se apoya en lo que es y en lo que quiere ser, en la contradicción entre su yo real y su yo ideal, todo lo cual se encuentra matizado por su concepción del mundo y sus valores.

La identidad personal, los valores como componentes de la concepción del mundo y el proyecto de vida son formaciones de la personalidad cuyo desarrollo comienza desde edades tempranas y se extiende a lo largo de la vida. Estas formaciones adquieren en la juventud un alto grado de estructuración y un elevado poder regulador, cuestión que se ve favorecida por las exigencias que impone al comportamiento del joven su entorno social y todo ello, unido a su necesidad de autodeterminación en los diferentes esferas de su vida, que adquieren para el mismo sentido personal.

Un elemento que distingue a las formaciones antes mencionadas es la estrecha unidad de sus componentes cognitivos y afectivos. Es precisamente esta característica la que garantiza su potencial regulador y la intensidad y estabilidad con que organizan y direccionan el comportamiento del sujeto.

Identidad, valores y proyecto de vida constituyen importantes indicadores del desarrollo personalógico. Dicho en otras palabras, son componentes esenciales de la personalidad sana y madura.

Hasta aquí hemos caracterizado las formaciones psicológicas, objeto de nuestro trabajo y hemos tratado de mostrar las relaciones existentes entre ellas. Pasaremos entonces a exponer algunas ideas y reflexiones en torno a las vías, a partir de las cuales, el proceso de enseñanza y educación, en nuestras universidades, puede influir favorablemente en su desarrollo.

En primer lugar, es necesario dejar sentada nuestra posición general en cuanto a si son

educables o no los jóvenes que arriban a los centros de Educación Superior. Al respecto, creemos que si bien es innegable que a su entrada en la universidad los estudiantes poseen una personalidad relativamente formada, en comparación con aquellos que ingresan en los niveles precedentes, también es real que aún mucho podemos hacer por su educación.

En la edad juvenil, si el sistema de influencias educativas resultan acertadas, se consolidan importantes formaciones psicológicas, como por ejemplo, el pensamiento teórico y todos los procesos intelectuales. Los intereses profesionales surgidos en la adolescencia alcanzan un mayor nivel de estructuración, favorecido por el contacto directo del joven con los contenidos de su profesión.

La identidad personal, entendida como concepto que posee el sujeto respecto a su persona elaborado en base a sus principales necesidades y motivos, regula de manera estable el comportamiento y se convierte en importante punto de partida para el proceso de su auto perfeccionamiento.

Además, el joven se proyecta al futuro mediante la elaboración de objetivos y metas y de las correspondientes estrategias que le permitan su consecución. Surge así el proyecto de vida apoyado en la concepción científica y moral del mundo y en la identidad personal.

Ahora bien, si aceptáramos entonces que por un conjunto de condiciones objetivos y subjetivos los jóvenes que llegan a nuestras aulas son aún vulnerables a las influencias educativas que ejerzamos sobre ellos, cabría entonces preguntarnos lo siguiente:

¿Cómo debe desarrollarse el proceso docente-educativo de forma tal que contribuya a la formación de la personalidad del estudiante universitario? ¿Cómo debe facilitar y a la vez dirigir el profesor este proceso, teniendo en cuenta el carácter sistémico de la personalidad?

¿Cómo desarrollar un plan de estudios para que marchen en sintonía la formación de conocimientos, hábitos y habilidades y la de la identidad personal, la concepción del mundo y la elaboración de un proyecto de vida? ¿Cómo orientar el proceso para lograr en nuestros graduados una preparación técnica de excelencia que se conjugue con un elevado compromiso social?

Ante la complejidad de este problema es difícil pretender encontrar respuestas exactas o definitivas. No obstante, intentaremos apuntar algunas consideraciones al respecto.

El profesor asume un doble rol en el proceso docente-educativo. Por una parte debe convertirse en facilitador del mismo y por otra, dirigirlo de acuerdo con determinados objetivos instructivos y educativos, que se expresan en los planes de estudio como lo deseable, en función del modelo del profesional de que se trate. Es necesario señalar que estos roles se desarrollan de manera

simultánea, aún cuando en determinadas situaciones pueda prevalecer uno sobre otro.

Consideramos que la actividad y la comunicación constituyen las vías esenciales de formación, desarrollo y expresión de la personalidad. Esto significa que si los profesores somos capaces de estructurar adecuadamente los sistemas de actividad y comunicación dentro del proceso docente-educativo, los resultados se acercarán en mayor medida a nuestras expectativas, en lo que respecta a la formación de nuestros alumnos.

En este sentido es necesario partir del presupuesto de que no toda actividad es desarrolladora de la personalidad, sino aquella que adquiera un sentido personal para el joven. Por sólo citar algunos requisitos, en este orden, apuntaremos que deben ser actividades que se relacionen con las necesidades del estudiante y a la vez sean expresión de las necesidades de la práctica social, que deben ser motivantes, permitir la participación activa, problémica y reflexiva del joven, promover el trabajo en grupo y brindar al estudiante más que conocimientos acabados un esquema de asimilación e interpretación de los contenidos de su profesión. Todo ello vinculado a la ética profesional y a la ética del profesional en nuestra sociedad, la cual adquiere matices particulares en nuestro caso, pues se trata de la ética del profesional revolucionario y comprometido con el avance de nuestro proyecto social socialista.

Por su parte y en unidad dialéctica con la actividad, la comunicación sistemática con el estudiante también resulta esencial, porque es la vía principal a través de la cual podemos transmitir contenidos y conocer, no sólo como avanza el proceso de aprendizaje sino además que piensan los jóvenes sobre sí mismos, sobre nuestra realidad, cuáles son sus cuestionamientos o dudas, en qué medida se sienten comprometidos con ser útiles a nuestra sociedad e incluso, qué problemas de carácter objetivo o subjetivo pueden estar afectando su desempeño.

Esta relación comunicativa debe basarse en el diálogo abierto y flexible como proceso interactivo profesor-alumno, apoyarse en el respeto mutuo, la comprensión y la empatía, así como en el establecimiento de límites consecuentes y consistentes, evitando actitudes intransigentes o paternalistas por parte del profesor, de manera tal, que el estudiante se sienta responsable de su proceso de formación.

Para lograr lo anterior, del profesor debe ser ejemplo, esto significa representar para sus estudiantes un modelo de profesional, un modelo moral y un modelo de ciudadano revolucionario, comprometido personalmente con nuestro proyecto social.

Para que se produzca un desarrollo de la personalidad que sea sinónimo de crecimiento y despliegue de las potencialidades del sujeto, de autoaceptación, de autenticidad personal, de autonomía, independencia, seguridad, flexibilidad, de la capacidad de relacionarse con los demás desde la posibilidad de analizar y respetar sus opiniones, el desarrollo debe entenderse y promoverse como un proceso de intenso dinamismo.

Lo anterior significa que la misión principal de la educación y a la cual la enseñanza universitaria puede contribuir en importante medida, es la de desarrollar en los jóvenes una personalidad madura.

Personalidad madura es condición del sujeto autorregulado, que posee una identidad personal estructurada y es capaz de proyectarse al futuro mediante la elaboración de un proyecto de vida, apoyado en su concepción del mundo.

Personalidad autorregulada es también síntesis de un conjunto de valores sociales y morales que se manifiestan en la capacidad constructiva y transformadora del hombre hacia su entorno y hacia sí mismo, en su tendencia a progresar, vencer metas y proponerse nuevos retos.

Un factor decisivo entonces para el funcionamiento adecuado de la sociedad y que constituye el cimiento del desarrollo de nuestro proyecto social, es la asunción individualizada y personalizada de cada cubano de los principios que sustentamos como nación. No podemos olvidar que los valores primordiales de nuestro proyecto social, los de identidad, soberanía y justicia social, sólo serán elementos que nos distinguen, si pasan a formar parte de la subjetividad de cada cubano.

Este propósito se convierte en el objetivo fundamental de la formación de los egresados de nuestras universidades y todos nuestros esfuerzos deberán encaminarse a lograr que los jóvenes graduados, conjuguen en su desempeño como especialistas en diferentes ramas, un elevado profesionalismo con el compromiso social dirigido a la solución de los problemas y tareas que nos presenta la construcción del socialismo en Cuba.

REFERENCIA

Dominguez G., L. (1990): *Cuestiones psicológicas del desarrollo de la personalidad*. Editora Universitaria. Universidad de La Habana.

Domínguez G., L y Fernández R., L (1999): "Individuo, sociedad y personalidad". *Revista Cubana de Psicología*. Volumen 16, No. 1.